

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA

¡¡ME CASO!!

MONÓLOGO EN PROSA

ESCRITO EXPRESAMENTE PARA LA PRIMERA ACTRIZ

DOÑA ROSARIO PINO

ORIGINAL DE

EDUARDO ALBA



MADRID
MAYOR, NÚM. 16, ENTRESUELO
1899

¡¡ME CASO!!

¡¡ME CASO!!

MONÓLOGO EN PROSA

ESCRITO EXPRESAMENTE PARA LA PRIMERA ACTRIZ

DOÑA ROSARIO FINO

ORIGINAL DE

EDUARDO ALBA

Estrenado la noche de su beneficio en el TEATRO LARA el 7 de Marzo de 1899



MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 20

Teléfono número 551

1899

PERSONAJE

ROSARIO.................... DOÑA ROSARIO PINO.

La acción en Madrid.—Epoca actual

Derecha é izquierda; las del actor

ACTO UNICO

La escena representa un gabinete bien amueblado con puerta al foro y otra en primer término derecha.—Dos mesitas pequeñas elegantes una á cada lado.—Butacas, sillas volantes doradas, una de estas de escuadra.—Cortinas para dos huecos.—«Etageres» con figuritas de biscuit y objetos caprichosos.—Sofá al foro derecha.—Chimenea con espejo, reloj y candelabros con velas al foro izquierda.—Altombra.

ESCENA UNICA

ROSARIO, sale por el foro muy decidida, al ver al público se detiene turbada, coge una silla, se acerca con ella á la bateria y dice al sentarse.

Con permiso de ustedes. Señores: espero que me perdonen si tengo la pretensión de distraerles un rato... cuento con la bondad de todos que sabrán dispensar tanta osadía... y allá va mi historia. Es el caso... que me caso, y suceso de tal importancia me tiene preocupadísima. Llevo una temporada, muy larga, recibiendo toda clase de obsequios; los de mi prometido, que como es natural todo se le hace poco y pone sus cinco sentidos en halagarme, hasta en los menores detalles: ¡quién pudiera conservarle siempre en tan agradable disposición! Ocu-

pa el segundo lugar el equipo.—Como dispuesto por mi madre, excuso decirles que no le falta detalle; siguen después los regalos de parientes y amigos, que representan el afecto de unos y la vanidad de otros, pero yo á todos agradezco mucho las atenciones conque me distinguen. No se figuren ustedes que tanto obsequio logra distraerme de lo que para mí tiene verdadera importancia. El cambio de estado llena todo mi pensamiento; he perdido el apetito, el sueño, y sólo pienso en la nueva vida que me espera y en la tarea que para mí supone dejar mi casa,—es decir, la de mis padres,—para dirigir la de mi marido. ¡Alejarme de las caricias de los que me han visto nacer y tantas pruebas de invariable cariño me han dado, para fundir mi vida y mi destino con el que la suerte me ha escogido por compañero! ¿Cómo será este señor? Es lo que me preocupa; sólo le conozco de novio, y, es claró, desempeña ese cargo como todos, á la perfección; no es feo... á lo menos á mí... me gusta; no digo que parece que me quiere porque eso sería una injusticia; parece que me adora, que está loco por mí: le he estudiado detenidamente y desempeñando el puesto de novio, de nada hay que motejarle y nada que pedirle, vamos... que me resulta ¡encantador! Pero es el caso que en dicho cargo va á cesar bien pronto, y creer que un novio es igual á un marido es confundir la magnesia con la gimnasia. Bueno, pues lo que á mí me tiene trastornada es pensar en las condiciones que le adornan para desempeñar su nuevo destino. ¡De no-

vio á marido hay un abismo! Es un ascenso, casi... casi, como de poeta á ministro de Hacienda: no ha dejado de haber quien ha tenido aptitudes para ambas cosas, pero convendrán ustedes en que no tienen la menor relación ni semejanza. En fin, él será bueno para esposo, pero si me guardan ustedes el secreto, les diré en confianza, que le preferiría siempre novio, y, bien quisiera hallar la sustancia que me sirviera para tenerlo así en conserva y guardarlo inalterable. No crean ustedes que si ahora me caso es porque apronto con el primero que llega, nada de eso; por mi suerte ó mi desgracia he tenido varios novios, aunque todos á la más respetuosa distancia; y no han sido tipos vulgares: para muestra bastará que cite á un académico, que aunque entrado en años, me pretendió seriamente, y cuando yo no le ponía buena cara, la decía á mi madre.—«¿Qué *quedrá*? Qué *quedrá* ésta chica?—Hasta que un día le contesté:—¿Que qué *quedré*?... pues un joven, aunque no sea académico;—y así terminaron nuestras relaciones.—Habrán ustedes advertido que no soy ninguna niña, ni ninguna vieja; de manera que aunque carezca de experiencia, no dejo de comprender algunas cosas; una de las que se me alcanzan y ha sido la causa de que permanezca soltera, es, que me parece esto del matrimonio un negocio serio, con detalles que hay que mirarlos despacio; la otra noche pensaba yo: ¿por qué tienen que confesarse los reos de muerte y los que se casan?... La observación es terrorífica, pero no puede ser más verdadera; siento es-

calofríos cuando, sin poderlo remediar, doy en estas cavilaciones. Del que va á presidio por toda la vida, también dicen que lo condenan á cadena perpetua, y esto del matrimonio, aunque en broma, se califica de igual modo; no, no... y no es broma, es cadena y es... ¡perpetua! Vamos á ver: ¿quién de nosotras va á pretender conservar la ilusión á su esposo toda la vida? ¿Dónde está el hijo de su mamá que se preste á tan estupendo milagro? Aquí está el primer problema; hay que llevarlo á cabo sin transformaciones, presentándonos todos los días con las mismas armas, que con el uso se gastan... ¡cómo todas las de combate! Tenemos que hacerles aborrecer sus tertulias; los cafés que acostumbran á frecuentar, donde concurren sus compinches de solteros; sobre todo los casinos, que tienen para los hombres mil encantos, y á mí me parecen agencias de divorcio. Pues, ¿y si el caballero es jugador?... Que me digan quién es la niña que hace el milagro. Días pasados me contaba un socio de La.... ténte labio...—el sitio no hace al caso,—que muchas veces, se ponían á jugar á las cinco de la tarde y continuaban hasta el siguiente dia á la misma hora, á lo cual, le llaman: *empalmar*; el terminillo no es muy culto que digamos; ahora, señoras mías, vamos á cuentas, sin hacerse ilusiones: ¿hay alguna de ustedes, conocen alguna mujer, que se juzgue con suficientes encantos, con el talento necesario para tener á un caballero veinticuatro horas en éxtasis, sin que bostece, sin que se aburra, sin que se duerma,

sin que se ponga á leer?... No, ¿verdad?... Pues ese milagro lo hacen las cartas; con ellas, los que las tienen afición, no se aburren nunca: y ese milagro tiene que hacerlo la señora á quien toca en suerte un jugador. A un jóven con este vicio, le preguntaban qué era lo que más le divertía en el mundo, y contestaba que:—«jugar y perder,»—al hacerle observar que querría decir: «—jugar y ganar,»—replicaba: —«eso no lo cuento, porque no es un goce de este mundo, ¡ese es el placer de los dioses!» Tengo un amigo, jugador de monte, que para ponerme un ejemplo de lo delicioso que es jugar, me decía, —«cuando uno apunta á la sota y ve aparecer sus patitas poco á poco, es una cosa la que se siente, solo comparable á la ilusión que nos causa ver algo semejante en una mujer bonita... ¡sino que lo de la sota es mucho más emocionante!» —Dice también este... punto, que, cuando juega no se acuerda de nada, y que como tenga la suerte de coger una rachita de *mayores*, *judías* ó *vizcas*, ya puede esperarle sentada la mujer más hermosa del mundo, porque no abandona el tapetito verde hasta que el juego no quiebre. ¡Caramba si tienen gancho las *judías* y las *vizcas!* ¿Pues y las militaras?... Necesitan vivir á toque de clarín; hacer los equipajes como los cartuchos, por máquina; y estar con el alma en un hilo toda la vida; conseguir que olvide el marido la chillería que le ha propinado el coronel al revistar su fuerza; hacer de un asistente una doncella y un mozo de comedor; cuidar bien el uni-

forme, que si se guarda con alcanfor se toman los galones, y si se tiene sin él, lo toma la polilla. Conozco un capitán de húsares, tan entusiasta, que la víspera del dos de Mayo,—que tenía que formar con su escuadrón en el Prado,—envió á su señora todos los cuellos de los soldados, ¡ochenta y seis tirillas!... para que las plancharan en casa con brillo! ¡Pues únase usted con un agente de Bolsa y hágale agradable la vida si juega á fin de mes y pierde, ó si es víctima de algun suicidio de esos que ahora están tan en boga entre agentes y comitentes; cuando se aproxima la liquidación, quiero yo ver á las niñas con gracia poniendo de buen humor al Agente de cambio y Bolsa; á la hora de almorzar, á la de comer... á todas, difícilmente le dirá su esposa algo que no le resulte una majadería, y como se atreva á preguntarle, si le ha ido mal ese mes, si le abandona la suerte, hay que abrir el paraguas para sufrir lo que contesta el marido! En punto á fidelidad, nada les puedo contar que no sepan,—me parece.—En los hombres, no tiene nada de particular, lo que hecho por nosotras es un crímen, y justifica que nos den un tiro, que casi lo tolera el Código; así en broma. Ellos dicen:—¡como que son los que han hecho las leyes!—que es más grave la falta en la mujer, porque las consecuencias son muy distintas. ¡Ya lo creo! como que los hombres se quedan riendo las más de las veces, y á la que se descuida de nosotras la fastidian... ¡No cabe nada más distinto! La que vé el matrimonio como yo, parece que no se debe

casar; pues, sin embargo, lo deseo por momentos: como todas las solteras que me están oyendo; el peligro dicen que atrae. ¡Tenemos vértigo suicida! Hay que convenir en que las casadas resultan las escogidas... claro está, por sus maridos respectivos; por lo tanto, la que no lo consigue lleva con ello la patente de despreciada, se queda en género que nada vale, que no sirve para el comercio, una cosa así... como las virutas y las migas. ¡Y qué difícil es pescar un caballero! ¿Cómo resultar original, comparada con las infinitas que ellos tratan con mayor ó menor intimidad? Si se hace una agradable, les parece coqueta: á la seria, la tachan de presuntuosa; y que no valen mañas, hay que pescarles con la mayor naturalidad, como quien no hace nada: como trataba de pescar aquel filósofo del cuento, honradamente, sin cebo, con el anzuelo limpio. La que se compone mucho les resulta ostentosa y cara; descuidándose en este punto tan importante para sostener las competencias, se cae de seguro en cursi. ¡La lucha por el marido, es mayor que la lucha por la vida! Hay que tener en cuenta que á las mujeres no nos está permitido pelear; si fuera cuestión de coraje... ¡ya veríamos quien se llevaba los mejores! Los hombres, cuando pretenden un puesto, batallan hasta morir por lograrlo. Para nosotras todo son problemas; primero enamorarlos, pescarlos; una vez casadas, estudiar el modo de conservar su cariño, ¡y estos si que son estudios superiores! ¡Aquí está lo escabroso! En el catecismo de las mujeres,

hay una preguntilla que no está mal traida: «¿Para qué les sirve á los hombres la mujer propia?» «Para desear una menos.» ¡Ahí está el hueso!... Todos los valores se ponen alguna vez á la par; la mujer siempre la cotiza el marido con quebranto, la hace desmerecer el ser objeto de su pertenencia; ¡de la posesión al hastío media siempre muy poco! ¡Todo el que desea una alhaja, cuando la consigue no se pasa la vida contemplándola! ¡Cuántas veces oímos en sociedad que el marido de una mujer hermosa está loco por una fea!... ¿Qué le vamos á hacer?... La verdad es que nos hacen mucha falta. Hay que tomarlos como son; también ellos pasan por nuestros defectos; por algo nos llaman sexos contrarios. Y á pesar de ello el matrimonio es sacramento que nos une en santo lazo. Una tía mía, dice:—«que es una aberración llamar Sacramento, á lo que con mucha más propiedad se podía llamar sacrilegio!»—Tengo una amiga casada, que me ha dado muy buenos consejos; los pienso seguir al pie de la letra, porque abrigo la pretensión de hacerme querer de mi marido mucho tiempo, aunque bien sé que lograrlo me costará mi trabajo. La amiguita, —que es voto de calidad porque lleva ¡diez años! en la luna de miel,—me aconseja, después de las generales de la ley, como evitar disgustos ó escenas domésticas, cuidar del orden y buen gobierno de la casa, etcétera, etcétera, presentarme siempre peinada, perfumada y vestida con esmero, como cuando de solteras deseamos agradar; dice:—creo que tiene razon,—que no hay

nada que más moleste á un marido que el ver á su mujer en casa sin corsé, despeinada, en chancletas todo el día, para en cambio, sufrir los grandes plantones esperando que acabe de componerse, siempre que la lleve al teatro ó á cualquier diversión; hay quien en esto ve casi... casi, un conato de falta, poco interés en agradar al marido, y en cambio deseo de entusiasmar á los demás. Esto de andar por casa hecha un guiñapo, tiene otro inconveniente gravísimo, y es la comparación que puede hacer un hombre entre la mujer propia desencuadernada, y lo encantadora que le resulta la del prójimo, á la que siempre ve de punta en blanco, compuesta y apetitosa. Debo también tener cuidado de no engordar, por que es claro, si se casan conmigo, es porque como estoy ahora, gusto al que me elije por esposa; de modo que si cambio de líneas poniéndome como ¡un bombo!, el hombre se quejará con razón, y dirá: «señora, yo no la escogí á usted con esa facha!» Como que engordar en nosotras, es una infracción; algo así como lo que los abogados llaman: «el quebrantamiento de forma.» La nueva, vida en que voy á entrar me pone carne de gallina; la cosa no es para menos. ¡Qué éxito si consigo ser feliz... y qué desengaño si no tengo la suerte de lograrlo! Bien sé que es dificilísimo vivir día y noche al lado de una persona de distintas costumbres; como que según tengo entendido, para los presidiarios, parearlos es un suplicio, y cuando los sujetan á la misma cadena, algunos se vuelven locos; pero como yo pueda, y he de

poner para ello los medios, los eslabones de que se forme la de mi matrimonio serán tan suaves y dulces, que poco he de valer ó los ha de soportar mi marido sin gran trabajo. Ya saben ustedes lo que me pasa... no tengo más que decirles, y obligadísima por la atención conque me han escuchado; son ustedes muy amables. Por supuesto... excuso decirles que están todos invitados á mi boda; esto no tiene más inconveniente que el consabido regalito, pero no se alarmen por eso, puede salirles muy barato; una muestra de aprobación, una palmada, valen para mí más que un aderezo de brillantes; con un aplauso me hacen la mujer más feliz; convendrán conmigo en que eso les cuesta una friolera; gracias, gracias, son ustedes encantadores. (Les echa un beso.) Para todos. Buenas noches.

FIN DEL MONÓLOGO

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de *Hijos de Cuesta*, Carretas, 9; *Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, 2; *José Ruiz y Compañía* (librería Gutenberg), Plaza de Santa Ana, 13; *Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; *M. Murillo*, Alcalá, 7.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.